

Marta Eugenia Rodríguez de la Torre

¿Hay alguien ahí?

Luces y sombras de la sobredotación



¿Hay alguien ahí?

Marta Eugenia Rodríguez de la Torre

¿Hay alguien ahí?

Luces y sombras de la sobredotación

¿Hay alguien ahí?
Luces y sombras de la sobredotación

© Marta Eugenia Rodríguez de la Torre, 2016

Diseño de colección: © Luis Pita Moreno
Ilustración de la cubierta: © Schlomit Wolf
Fotografía de la autora; © Sapientec Siglo XXI, S. L.
Revisión del texto: Ana Ortega Bermúdez

Primera edición: Abril 2016

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso por escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-945256-0-5
Depósito Legal: M-6921-2016

© Meridiano Editorial, 2016
Avda. Nazaret 13, Portal A, 9º D Izda.
28009 Madrid

Impreso en Estugraf
Calle Pino nº 5. Pol. Ind. Los Huertecillos
28350 Ciempozuelos (Madrid)

*A mis queridas hijas Sevda Marta y Yuliana María,
mi inspiración, con todo el cariño de mamá*

Luz, luz, solo quiero más luz.

GOETHE

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

Introducción	13
Capítulo primero: seis meses	23
Capítulo segundo: trece meses	51
Capítulo tercero: cuatro años	79
Capítulo cuarto: ocho años	107
Capítulo quinto: trece años	133
Capítulo sexto: diecisiete años	159
Capítulo séptimo: veinticuatro años	183
Capítulo octavo: treinta y seis años	209
Capítulo noveno: cincuenta y ocho años	231
Capítulo décimo: setenta y cuatro años	257
Capítulo undécimo: ochenta y seis años	279
Epílogo	301
Glosario	305

INTRODUCCIÓN

*Lo desconocido produce miedo,
el miedo nace de la ignorancia.*

*Saber de todo o saberlo todo,
esa es la varita mágica que todos buscamos.*

Queremos lo mejor para nuestros hijos: que estén sanos, que sean felices, que tengan lo que nosotros no tuvimos, aunque también es lógico que nos preocupemos de que igualmente dispongan de lo que sí tuvimos, y es un anhelo razonable que sean como los demás o, por decirlo de otra manera más políticamente incorrecta, normales.

Todavía se escuchan en nuestra cabeza ecos del vecindario de nuestra infancia donde se oía que el hijo de no sé quién era rarito, que tal pariente menudo problema tenía pues le había salido la niña con unas manías que no les dejaban vivir tranquilos y que si el niño había nacido tonto era una desgracia aunque fuera un angelito y nos colmara de alegrías.

Pero también podía plantearse el problema de que el niño fuera tan listo que se pasara de rosca, se convirtiera en un inadaptado y terminara sus días loco perdido en un manicomio. Por eso era lógico que nos educaran para ser iguales a los demás, a hacer lo mismo y al mismo tiempo que los otros, para no salirnos del carril. Lo que sucede es que algunos no éramos

ni somos como la mayoría y ni podemos ser felices haciendo lo mismo que los otros ni —lo que es igualmente importante— tampoco hacer felices a los demás de esa manera.

Un sobredotado es aquella persona cuyo cociente intelectual se encuentra por encima de la media de la población, su imaginación, creatividad y curiosidad también superan esa cota, posee pensamiento divergente, científico y múltiple de manera natural y cuenta con hipersensibilidad emocional. Sin embargo, la memoria colectiva nos lleva a la confusión y nos conduce al Pitagorín del Pulgarcito, ese niño repelente que se pasaba el día inventando cosas raras y que lo sabía todo por ciencia infusa, o a las pizarras llenas de fórmulas intrincadas de Einstein o Planck. En este punto hay que empezar a distinguir: un niño listo es posible que no dé problemas, entienda todo al momento y apruebe siempre. Pero eso no es un sobredotado. Un niño inteligente puede resolver cualquier problema que se plantee y adaptarse perfectamente al ritmo de una clase normal, lo cual no es necesariamente válido para las personas sobredotadas.

Por otra parte, es frecuente que las personas que le dan muchas vueltas a la cabeza acaben trastornadas y no hagan nada útil. Eso no significa tampoco que sean sobredotadas. También resultaría absurdo que si mi hijo es sobredotado haya que esconderlo, no vaya a ser que se entere y se vuelva vanidoso, o lo sepan los demás y vayan a por él. Perfecto, y de paso le ponemos un ladrillo en la cabeza para que no crezca, así no se empeñará en ser jugador de baloncesto con la de problemas que tienen, y los demás tan contentos de verle bajito. Menudo sinsentido. Es posible que uno piense: «En mi familia nadie ha salido así y en la de mi mujer no se dan esas cosas». ¿Seguro? En ese caso me temo que es probable que no conozcamos bien a nuestra parentela. Tal vez se nos oculte la existencia de algún sobredotado más cercano de lo que creemos, quizás por la vergüenza, los problemas y dificultades psicológicas que acarrea

y que, sin embargo, son parecidos a los de cualquier persona que no es entendida ni atendida correctamente en su entorno familiar, escolar y social.

Un recorrido en primera persona por la sobredotación

En este libro perfilo las luces y sombras de la sobredotación. Nos introduciremos en el cuerpo y el alma de un sobredotado y en el cordón umbilical que une a ambos: la mente. La mente posee la capacidad de elaborar pensamientos, registrar emociones y decidir en cada momento si damos prioridad al corazón o a la razón, o si tratamos de conjugar sus intereses e inquietudes de manera conjunta. No es fácil para una persona sobredotada combinar la estela rápida y múltiple de sus pensamientos con el caudal de emociones que registra, pero eso no implica que no pueda hacerlo, ni tampoco que sea incapaz de gobernar su vida de manera equilibrada y de lograr una adecuada inserción social, tanto con personas sobredotadas como con aquellas que no lo son.

Cumpliremos años con una persona sobredotada, y observaremos lo que le sucede y lo que les pasa a las personas que la quieren, como su padres, y a otras que la odian porque no pueden, no quieren o no saben comprenderla, o simplemente la envidian. Veremos lo que piensan sobre ella y su forma de actuar y atenderemos en primera persona a sus propias vivencias. Contemplaremos su forma de ser y hacer desde dentro y en la distancia. En los momentos de cambio y transición y en aquellos que implican una visión más reposada de sus circunstancias. Escucharemos las voces de otros sobre lo que hace y buscaremos puntos de encuentro para conciliar, para lograr desde la comprensión y el respeto a su realidad una integración que posibilite su crecimiento y a la par el de la sociedad que la rodea. Pero para poder recorrer este camino tenemos

que saber que sobredotado se nace y se muere, como se nace y muere pelirrojo, daltónico o síndrome de Down. Como he insinuado anteriormente, no solo hablamos de ser más listo o inteligente: es una manera distinta de sentir, pensar, ser y hacer, fruto de una condición diferente en el ser humano.

De una vez por todas, basta de negar la evidencia de la sobredotación. Por muchas flores que se corten, la primavera viene todos los años. Basta de aventurar que con el tiempo esta condición desaparece como si fuera un forúnculo o de tildar de personas con patologías a los sobredotados. Un sobredotado no es un enfermo mental, ni una persona con discapacidad. Lo consideran así aquellos sectores de la sociedad que buscan modos y maneras para esconder una realidad palpable y niegan a los sobredotados su derecho a existir y ser tratados como lo que son, a mostrar su diferencia positiva y a insertarse en igualdad de derechos y deberes en el entorno educativo y laboral. Basta ya de negarles el acceso a una educación diferenciada y diferente atendiendo a sus específicos rasgos mentales solo por no invertir los medios económicos necesarios en una educación de calidad a la que todos los niños tienen derecho, no solo constitucional sino también natural, por el hecho de ser personas.

Del mismo modo que si tengo una depresión o un *síndrome de Pigmalión negativo* (que produce que la autoestima del sujeto disminuya y se favorezcan las profecías autocumplidas) podría parecer que poseo una deficiencia mental que muy probablemente no tenga, algunas personas que no son atendidas ni entendidas pueden ocultar, disfrazar o no ser capaces de mostrar sus rasgos identificadores, pero eso no quiere decir que dejen de ser sobredotadas. Por tanto, tenemos que dejar de sentirnos amenazados por las personas que son diferentes como las sobredotadas, porque con ellas se pueden construir cosas hermosas, bellas, útiles y necesarias para el progreso de la humanidad. Es necesario conocer para vencer el miedo a

la diferencia y borrar las fronteras de la indiferencia y del rechazo. Los sobredotados no van a quitarle el sitio a nadie, ni a hacer tambalear los puestos de los cargos políticos, ni a mover las vetustas cátedras de las universidades, ni a perturbar el sueño plácido al que algunas masas se abandonan, porque ellos tienen su propio lugar en la sociedad y no necesitan el de otros. Por otra parte, es absurdo y carente de lógica pensar que el hecho de poder acceder a mayores cotas de conocimiento con mayor facilidad es solo patrimonio de las personas de altas capacidades y que este hecho menoscaba el posible acceso a este saber de las personas no sobredotadas o será usado para crear reductos elitistas de conocimiento.

La estructura del libro: el doble planteamiento y los enlaces

Los capítulos de este libro comienzan con una frase más o menos aséptica sobre la vivencia de un sobredotado en cada uno de los periodos de su vida. A continuación, otras dos expresiones cortas, encabezadas respectivamente por las letras a y b, resumen, como si se tratara de las dos caras de la misma moneda, las hipotéticas percepciones de ese sobredotado en una realidad negativa como la actual (a) y en una positiva, como podría ser la deseada y posible (b) sobre la que, por supuesto, me gustaría haber escrito. Pero creo que solo conociendo cómo está posicionado para muchos sectores de la población el colectivo de las personas de altas capacidades intelectuales, obtendremos un mejor y más amplio conocimiento de cómo son los sobredotados, y esto ayudará a formar un criterio más cercano a la realidad. Como he dicho, ojalá hubiera podido desarrollar los epígrafes correspondientes a la letra b. Eso significaría que las personas sobredotadas tendrían un espacio y un tiempo que les pertenece. Pero lamentablemente todavía no es así.

Nuestro protagonista, Miguel, espejo de la mayoría de las personas sobredotadas que conozco a través de mi experiencia profesional y personal, no es por supuesto imagen de todos los sobredotados ni narra la semblanza que a mí me gustaría hacer sobre las vivencias de estos. Lleva en su mochila el *Oliver Twist* de Dickens, le envuelve el *Humo* de Turguéniev y está impregnado de la España de charanga y pandereta de Machado. Por otra parte, el libro encierra una crítica mordaz, disfrazada irremediabilmente de incorrección política, a una sociedad como la española donde hombres y mujeres lamentablemente no son iguales en derechos y obligaciones, donde campa mal que nos pese una incontrolable violencia de género y donde la pobreza de espíritu en ocasiones es un valor mientras que la cultura para muchos sigue siendo un estigma. Miguel, como un grito desgarrador de Pascual Duarte, pretende ser un aldabonazo a muchas conciencias al tiempo que intenta abrirse camino hacia un futuro que puede resultar prometedor, pero que le obliga a luchar simultáneamente contra la intolerancia ignorante del medio educativo y social en el que se ve abocado a malvivir.

Basándome precisamente en esta divergencia entre la realidad actual y el deseo de la posible realidad futura, en cada uno de los capítulos que escribiré a continuación estableceré ENLACES entre el mundo de la sobredotación y aquellas personas que no pertenecen a él, con el propósito de crear puentes de comunicación fructíferos para todos. En esta parte de cada capítulo, hablaré sobre los rasgos clave de una persona sobredotada en cada una de las fases de su desarrollo físico y mental. En ella veremos fórmulas y formas que faciliten una comunicación fluida y una sólida vinculación con las personas que se encuentran a su alrededor. Estas conexiones pretenden establecer un marco de diálogo, de concertación y de crecimiento que propicien un mayor grado de bienestar a las personas sobredotadas cuando se relacionan con las que no lo son, así como ayudar a las familias y al entorno social de las personas

de altas capacidades a conocer mejor lo que les sucede y así poder construir vínculos más estrechos, fluidos y felices.

Estos enlaces son:

- Maneras de entender lo que pasa por el corazón y la mente de los sobredotados. No todas las personas de estas características sienten, piensan y actúan de igual manera, pero su arquitectura mental específica propicia unos patrones de actuación que es preciso conocer.
- Claves para acceder a su universo de imágenes, sensaciones, intuiciones e ideas donde muchas veces las emociones no encuentran el lugar que les corresponde o difuminan sus líneas introduciendo espacios de confusión.
- Estrategias de comprensión para interpretar lo que es importante y construir espacios de encuentro donde tengan cabida diferentes opiniones y se integren aceptando la diferencia de las personas de altas capacidades.

Los enlaces también conforman encrucijadas que nos sirven para:

- Comprender un desarrollo e identidad atípicos desde la perspectiva de su propia etiología o naturaleza.
- Apoyar el crecimiento y desarrollo de estas personas y a la vez de las que viven con ellas: familia, amigos, etc.
- Lograr una integración cuya base no parta de negar la evidencia o de pretender que esta desaparezca, sino de permitir que con esta diferencia y de esta diferencia nos enriquezcamos todos.
- Establecer patrones de actuación recíprocos con los que se pueda aprender y equivocarse, en los que exista una concurrencia con los demás y una competición con no-

sotros mismos para lograr una sociedad más justa y por tanto más humana.

Para crear estos puntos de encuentro es preciso:

- Intentar aceptar incluso lo que no se puede entender y dar a cada uno lo que esperamos que nos den los demás. La palabra clave es *respeto*, la siguiente, *escuchar* (que no significa tan solo oír) y, por último, *mirar*, que es algo más que ver.
- Interpretar sin miedos y sin prejuicios. Muchas cosas son como son y no como nos gustaría que fueran, y no van a cambiar por mucho que nos oponamos férreamente a ellas.
- Actuar con naturalidad, que no es otra cosa que seguir nuestra propia naturaleza cuando da lo mejor de sí misma. Cada persona es infinitamente más grande que cualquier dificultad que pueda tener. Primero se es persona y luego se tiene o no se tiene una alta capacidad. Ser persona es tener conciencia de lo que sientes, de lo que haces y de lo que eres.

Una nota personal

Me viene a la mente un poemario que me produjo un fuerte impacto la primera vez que lo leí, tal vez porque me enfrentó al temor a mi propia ignorancia: se trata de *La realidad y el deseo*, de Luis Cernuda. Si nos quitan los sueños y nos borran de nuestros circuitos la esperanza, ¿qué nos queda? No hay tiempo que abarque la angustia del desaliento, la incapacidad de poner nombre a lo que queremos, el desafuero de no poder querer. Yo creo en el valor de la vida humana, de cualquier vida sin la etiqueta de una tierra o de una denominación de origen,

sin el posavasos de las religiones, sin la necesidad de tener lo que no se puede llegar a ser, creo en la vida en sí como respuesta a la creencia y a la ciencia, al arte y a la palabra.

El ser humano es el único capaz de realizar las mayores atrocidades y también los mayores milagros. Y es capaz de pensar, de inventar, de sumar voluntades, de transformar la materia y la miseria, de comunicar con la palabra y con el silencio, de sentir y hacer sentir, de mejorar, de progresar, de crecer. De guardar la esperanza en un mundo mejor y de conseguir que cada persona tenga el lugar que le corresponde.

Desde estas líneas quiero plasmar lo que es, siente y puede dar a la sociedad una persona sobredotada para que se le permita desarrollarse adecuadamente. Porque sé por experiencia que ser diferente no es una amenaza, es una oportunidad, y que no hay que arrancar lo antiguo, sino conservar lo mejor de su esencia desarrollando una concepción del mundo más humana y digna de nuestros deseos y nuestras realidades.

Y en estos deseos y realidades cabemos todos: las personas de altas capacidades y las que no las tienen, juntos avanzando en un mundo donde cada vida humana tenga un único valor y ningún precio.

CAPÍTULO PRIMERO

SEIS MESES

*Me gusta señalar cosas, reptar a gran velocidad,
encender luces y tener mi propio lenguaje...*

*a) Dicen que soy un trasto que no para un minuto
y se plantean cómo controlarme.*

*b) Dicen que soy un encanto de carácter fuerte
y piensan cómo educarme.*

DESDE DENTRO

Me despierto muy temprano, como todos los días. La verdad es que no consigo dormir de seguido una noche entera y frecuentemente abro los ojos aunque no me duela la tripa por los gases o tenga hambre. Entonces quiero que me cojan lo antes posible para poder sentir que no estoy solo, porque siempre tengo la sensación de estarlo, aunque no sea verdad, y me gusta que mis padres estén siempre pendientes de mí. Me parece una pérdida de tiempo estar dormido (aunque sé que lo necesito para poder crecer, aprender y no estar cansado), porque tengo la sensación de que me voy a perder algo importante, como el momento en que los pies puedan sostenerme, o ese otro que tanto me gusta, cuando siento el tacto esponjoso de mi peluche

favorito, o aquél en que oigo música a través de la puerta de mi habitación. Tengo buen oído y distingo las voces afables de las que no lo son. Noto enseguida el timbre de las enfadadas y de las que no se encuentran bien, o el de las que son alegres y suenan como los cascabeles. Por eso me sobresalto mucho con los ruidos fuertes como los gritos y las sirenas, que no me gustan nada, y odio las entonaciones engañosas o que raspan como una toalla que se ha lavado muchas veces. Tampoco me gusta que me interrumpen cuando estoy metido dentro de mí pensando mis cosas y me sacan de mi interior con la fuerza de una puerta que se cierra de repente. Entonces me pongo nervioso y me cuesta entender lo que quieren aunque conozca de sobra las palabras que me dicen.

Me disgusta estar tumbado y con los ojos abiertos como si no hubiera todo un mundo que explorar, prefiero estar a la altura de las personas mayores y ver todo lo que pasa a mi alrededor: las caras de las personas, reconocer a las que me resultan familiares, poner gestos amistosos a las que me parecen agradables, fruncir el ceño a las que no me caen simpáticas o me hablan con palabras que no están en el lenguaje de mis papás. Es inaguantable que algunas personas me traten como si yo no fuera lo suficientemente listo para comprender el lenguaje real y que usen palabras ridículas que no existen. Por el tono que emplean me doy cuenta enseguida de que no tienen ni idea de cómo soy yo, y que preferirían tratar con un niño que se ajustara a sus deseos y a quien pudieran usar como un muñeco a su antojo. Tengo afición a tirarles del pelo a las personas que me cogen en brazos, agarrarles los collares y las gafas para ver bien qué son esas cosas y para qué sirven y también arrojarlos lo más lejos posible para conocer qué hacen ellas después y ver cómo se comportan conmigo. Sé que no les gusta que lo haga porque son suyas y piensan que yo quiero quitárselas, pero también porque sienten dolor, que es un mal estar hondo que les hace ponerse tristes. Alegre es lo que te

hace sentir bien y triste lo contrario. Esto lo he aprendido yo solo. Sé aprender por opuestos. Si está bien tomarse el biberón entero, está mal no acabarlo, aunque a veces si estás enfermo no es así del todo y eso a mí me desconcierta. Hay veces que no encuentro relación entre las cosas que pasan o me doy cuenta de que me he equivocado y que lo que pienso no es verdad. Eso hace que me ponga furioso y me chupetee los nudillos y dé patadas al aire. También aprendo por causa-efecto y por agrupaciones de ideas. Es decir, si tiras el vaso y no es de plástico, se rompe, y lo mismo ocurre con la taza, pero no con el coche de goma. Si tragas mucho aire te da hipo y también si te asustas o si no puedes eructar después de haber tomado el biberón.

Cuando estoy en brazos puedo ver muchas más cosas, aunque todavía no sé dar nombre a todos los colores, texturas y formas. Están las cosas pequeñas (que son las de mi tamaño) y también las grandes, además de otras que no sé cómo clasificarlas porque son menores que yo. Prefiero las que son de color amarillo, naranja y azul, también las que puedo abarcar con mis manos para sentir cómo son: cálidas o frías, suaves o duras, lisas o rugosas, desmontables o no. Me causan desasosiego las cosas desconocidas como las casas de otras personas, porque no sé cómo son o quiénes viven en ellas o qué cosas tienen y para qué sirven. También las cosas nuevas que no puedo controlar por mí mismo, como la cuchara con la que han empezado a darme de comer la papilla o las luces de mi manta de juegos, que se encienden cuando las toco de una determinada manera.

Me fijo con mucho detenimiento en los objetos interesantes, que son aquellos que se pueden usar para cosas distintas, como una escoba o una caja de zapatos y me concentro tanto con el ceño fruncido, que a veces parece que estoy ausente, lo cual sucede porque me encuentro pensando en estas cosas y no me gusta que me interrumpen. Por eso llevo tan mal los horarios y que no me dejen explorar a mi gusto la alfombra cuan-

do repto. Ya soy capaz de incorporarme solo y dar palmadas, pero me encuentro más a gusto cuando puedo desplazarme, aunque aún me cueste mucho hacerlo. Es muy desagradable que te saquen corriendo de la bañera cuando quieres jugar con las pompas de jabón al mismo tiempo que piensas si van a explotar antes las pequeñas o las grandes o que cuando te estás chupando tan feliz el dedo gordo del pie vengan con prisa para vestirme y salir a la calle, o que cuando tiras una cosa tarden un montón de tiempo en devolvértela y te fastidien el juego.

Me atrae la palabra *no* y desde hace un par de semanas, cuando la escucho me viene a la mente por qué. Quiero saber por qué no se debe hacer ruido tirando las cosas una y otra vez, lejos-cerca, adelante-atrás, arriba-abajo y por qué no se pueden encender y apagar luces despacio-deprisa o deprisa-deprisa para averiguar con sus destellos cómo desaparece el color de las cosas. Pienso que no es lo mismo una cosa dicha por una persona mayor que una dicha por mí, y no estoy de acuerdo con que ellos tengan siempre la última palabra, que sea esta la que tenga que valer cuando se va a realizar alguna cosa. Cuando crezca y los pies me salgan de la cuna y pueda andar como ellos, no les va a resultar tan fácil negarme lo que yo quiero. No entiendo que sea tan malo lo que me apetece en algunas ocasiones, que no pueda hacer siempre lo que se me ocurre o que tenga que esperar turnos o insistir para que me presten atención cuando quiero alguna cosa. Tampoco que no me den lo que quiero cuando lo necesito y que para mí siempre es antes de antes o, mejor dicho, en un momento inmediato a cuando se me pasa por la cabeza. Me parece insoportable que no me dejen hacer muchas cosas a mi manera. Que se enfaden si me hago pis adrede cuando me están bañando, cuando expulso leche por la nariz como un surtidor, o cuando pretendo comer la papilla a puñados y no dejo que otros me den de comer. Para mí es lo más natural y no entiendo por qué se ponen tan furiosos y me repiten que no vuelva a hacerlo. Me saca de

quicio que vuelvan una y otra vez sobre lo mismo, como si yo no me enterara de las cosas o fuera sordo. Es suficiente con contarme las cosas una vez para que me acuerde, una cosa es que quiera hacer caso y otra distinta que sienta que he hecho algo que no está bien cuando no sé el motivo. No me vale un no, ni tampoco que me digan una cosa y piensen otra diferente, porque capto el sentido que le dan a las palabras con gran rapidez y sé que este se encuentra por delante del significado que puedan tener. Por eso, cuando dice la vecina más joven de debajo del piso donde vivimos que soy un niño muy rico y me mira con una rayita sin curva en la boca, sé que está mintiendo, que no piensa eso de mí y que si pudiera me iba a enterar de algo malo, aunque no sé de qué y eso me desconcierta.

Soy muy intuitivo y acepto a las personas que me quieren de verdad y rechazo a muerte a otras que se acercan a mí por compromiso y sé que sus caricias se encuentran vacías de afecto. Por mucho que se empeñen en que quiera a tal persona y me lo repitan hasta la saciedad, si yo sé que no me quiere, no hay nada que hacer. Tampoco me gustan los lugares donde hay muchas personas con muecas feas de ojos de cristal como los de algunos muñecos, que no te miran con cariño y desconocen cómo eres y no les importa lo que sientes. Por eso no me porto nada bien cuando me llevan a lo que mis papás llaman acontecimientos sociales, me tratan como una atracción de feria y pretenden que yo les haga monerías. Pero yo no soy un mono, no me gusta repetir cosas ni entretener a otras personas, y tengo mi propia manera de hacer las cosas. Así que no me gusta que me digan lo que tengo que hacer, por ejemplo, que ponga caras para hacerme fotos o simplemente que me porte bien y no llore. A veces me pongo como un energúmeno solo por fastidiar y eso suele coincidir con los momentos en que me piden que actúe de una manera determinada y yo no quiero hacerlo. Creo que en los sitios donde hay más silencio o las personas hablan deprisa sobre cosas raras es precisamente donde los ni-

ños debemos llorar más fuerte para que se note que estamos ahí, nos hagan caso y nos lleven a sitios donde poder hacer cosas divertidas y jugar. Por eso me encanta berrear en las iglesias, aunque a mis padres les parece mal que lo haga.

Para mí todas las primeras veces son las únicas y no tengo claro que las cosas se puedan cambiar sin que exista algo que me convenza de lo contrario y yo lo pueda ver. Si algo ha pasado de una determinada forma en una ocasión, se volverá a repetir cuando sucedan las demás. Por esta razón todavía me duele pensar en mi última vacuna y tiemblo cuando veo que se me acerca alguien vestido de blanco. Cada vez que oigo la palabra médico me pongo muy revuelto y a veces se me suelta la tripa porque pienso que estoy enfermo, aunque no sé de qué, y presiento que me van llevar otra vez al ambulatorio y me van a volver a pinchar y va a ser peor, porque como soy más grande me va a doler más y por más sitios y, y, y muchos más «y» porque cuando me embalo no sé acabar. Dijeron que no me iba a doler la primera vez que recuerdo y era mentira. Me hizo tanto daño que lloraba para dentro con gemidos ahogados y no solo por la pupa, sino también por la impotencia de sentirme engañado y no poder hacer nada para romper el impacto de la decepción. Las personas no deberían mentir nunca. Me cuesta volver a creer en las palabras de aquellos que ya me han defraudado una vez porque sé que pueden volver a hacerlo en cualquier momento y no me siento seguro con ellas. Cuando me encuentro inseguro me siento paralizado, me da una angustia roja y con pelos por dentro y me impide respirar de una manera normal. Antes de consultarlo con el pediatra, mis papás se asustaban mucho cuando me ponía de esta manera porque creían que me pasaba algo malo de verdad y ahora como les han dicho que no es algo físico, no se lo toman tan a pecho.

Para mí las personas y las cosas tienen colores y sonidos como los ruidos o la música, también contienen otras cosas que yo imagino para explicar lo que sé y lo que me sucede por

dentro. No viene de la luz o de lo que se mueve sino de lo que siento. Pienso que puede resultar interesante saber cómo ven y perciben las cosas otras personas pero nunca he oído hablar de ello. Parece que la mayoría de la gente solo mira a través de los ojos y oye a través de los oídos, y eso es bastante raro. Es decir, para mí los sentimientos tienen colores (aunque no se vean), las cosas y las personas me sugieren tonos (aunque no se dibujen), y también se puede escuchar su sintonía aunque no se muevan porque te suenan de alguna manera por dentro, en un rinconcito que creo que se encuentra al lado del corazón. La angustia es roja porque ese es el color del sol cuando está a punto de explotar y para no hacerlo se va a dormir, también del fuego que te calienta por dentro pero que te puede quemar y de los labios de las chicas cuando están muy apretados con otros y dan besos. Rojo es fuerza para mí, pero también algo incontrolable, que te puede pillar cuando te encuentras desprevenido y no sabes si lo que te viene encima es bueno o malo o si te va a gustar. Por eso la angustia es esa impotencia de no saber qué va a pasar y es roja, y tiene pelos porque los pelos son largos y te puedes perder en ellos cuando no te los cortan, se ensucian con facilidad y son tan finos que se cuelan entre los dedos cuando los coges. Te puede enredar y confundirte.

A veces tengo demasiadas cosas en la cabeza, me vienen a una velocidad increíble y no tengo tiempo para pensarlas. Eso hace que no me sienta bien porque no sé por qué me sucede y cómo parar de pensar y que me ponga muy pesado, rabioso, peleón o triste. Creo que lo que siento a veces me llega a cámara lenta, como las imágenes que se cuelan entre las rendijas de la persiana cuando amanece y, sin embargo, las ideas aparecen como lo hace el redoble del tambor cuando lo tocas. Es entonces cuando peor lo paso porque siento que no me cabe todo lo que sucede a mi alrededor y me da por no parar quieto, como si me hubieran puesto pilas, y dicen que vuelvo loca a las personas que tengo cerca y que no saben qué hacer conmi-

go cuando me pongo así. En otras ocasiones lo que me pone nervioso es no saber mostrar cómo me siento del modo en que me gustaría. Porque no es lo mismo un enfado de color gris cuando tienes sucio el pañal, que otro negruzco cuando te han reñido y no sabes realmente por qué, u otro violeta cuando tu hermano te quita el sonajero y lo lanza lejos.

Mis papás son del color del sol cuando está en lo alto y me dejan en la piel sonido de cascabeles cuando me hablan. Especialmente mi mamá tiene ese color como el dorado de los cereales cuando están tostados y te quitan el hambre. Mi hermano Fernando es azul oscuro de noche sin estrellas, porque no estoy seguro de que me quiera mucho, suena a sirena de policía y siempre me está quitando el chupete, mientras que mi hermana Elena es de color verde clarito como el de la hierba y suena a chapoteo de agua, y sé que me quiere aunque me gustaría que me dejara estar más tranquilo y a mi aire. Toda la gente que conozco la veo de un color por dentro de la ropa y con un sonido de los que he escuchado desde que tengo conciencia de quién soy, esta sensación me viene a la cabeza todas las veces y no cambia. También a veces veo que llevan en su interior algunas cosas que definen su carácter: a papá le veo un reloj por dentro porque siempre dice que llega tarde a todas partes, a mamá una flor porque huele de maravilla... Me gustaría saber cómo me ven ellos y si también les pasa esto. También me siento a gusto imaginando qué puede suceder cuando se juntan todos esos colores y esas cosas: a la flor de mamá no le gusta el reloj de papá porque dice que no la deja crecer, la sopera de la abuela Rosa se encuentra perdida buscando su tapa en el armario del abuelo Eusebio que siempre tiene que guardarlo todo porque puede servir, el color amarillo de papá deslumbra tanto que ilumina el azul oscuro de Fernando...

Aún no sé hablar, pero se me ocurren cosas como cuentos y desearía tener un lenguaje que los demás pudieran comprender sin necesidad de explicárselo muchas veces y que fuera

más lejos de señalar cosas y hacer ruidos. A veces me pongo a explorar dentro de mi boca con la lengua y los labios: me salen sonidos que no se parecen a las palabras que ellos usan y parezco el surtidor de una fuente de babas, pero no consigo hacerme entender. Intento repetir lo que dicen, hacerles preguntas, contarles lo que me pasa, pero no puedo y eso para mí es frustrante. Espero que se me pase pronto y pueda hablar lo antes posible porque tengo muchas cosas que contar, otras que me tienen que explicar y algunas cuyos significados me desconciertan. A los demás les parece muy gracioso mi esfuerzo inútil por expresarme con la lengua, pero a mí me pone rabioso porque no se dan cuenta de que pongo mucho empeño para decir todo lo que me viene a la mente y no consigo lo que pretendo. Así que me siento pequeño e indefenso. También me doy cuenta de que el resto de mi cuerpo va por detrás de lo que se me ocurre y no me agrada que esté imposibilitado de poder hacer todo lo que deseo. Es un fastidio estar encerrado en un sitio que no es de la medida que necesitas para poder ser tú mismo. Y te preguntas por qué se te ocurren cosas que no puedes hacer (al menos con la edad que tienes), o qué tiene que suceder para que puedas hacerlas y cómo conseguir que tu cuerpo y mente vayan de la mano. Me da la sensación de vacío, como el del aire cuando se hincha un globo y flota sin dejarse caer o el del vaivén de la cuna cuando era pequeño y me querían hacer dormir aunque yo aún no tenía ganas y prefería estar atento, como si tuviera antenas, a todo lo que sucedía a mi alrededor.

También me gusta investigar todo lo que veo para hacer cadenas de cosas que me repito hasta encontrar otras muchas: como vaso, plato, tenedor, cuchara y esa cosa para comer de mayores que se llama cucharón, y esa otra para recoger las miguitas que no sé aún como se llama. Mientras observo todo esto me doy cuenta de que cada vez mi lista de cosas asociadas es más y más grande. Además me pregunto qué pueden tener

los objetos por dentro y no entiendo por qué muchos de ellos no se pueden abrir para averiguar lo que esconden en su interior. Si los armarios tienen cajones que se abren y cierran, me gustaría saber qué tendrán las esponjas dentro de sus agujeritos y de qué estará hecho el jabón si sabe tan mal cuando lo chupas. Es desagradable no saber para qué sirven algunas cosas y que no te dejen tocarlas porque son peligrosas o las puedes romper o no sabes cómo usarlas. Me disgusta que no me dejen investigar a mi antojo. Si por mí fuera, me regaría las manos para que se hicieran tan grandes como las ramas de los árboles y así poder coger lo que quisiera.

DESDE FUERA

Alicia (*madre*)

Miguel es especial, pero no lo digo embobada como todas las madres, ni tampoco me refiero a que siempre tu bebé es lo mejor del mundo y que esto siempre va a ser así por mucho que crezca. Me dijeron que nació con los ojos abiertos y brillantes como las luces de un semáforo, y cuando me lo pusieron sobre la piel después de que despertara de la anestesia ya sentí que no era como los otros. Dirán que son tonterías, pero una madre se da cuenta de cosas que no vienen en los libros ni se pueden explicar con palabras. Era más pequeño de lo normal porque nació prematuro, pero ya se agarraba a mi pecho con una fuerza increíble y se movía como si de esta manera pudiera transmitirme todo lo que llevaba dentro. Recuerdo aquellos momentos en que me miraba con aquellos ojos azules profundos y tristes de viejo de frente fruncida y esos lloros estruendosos que nada parecía calmar y que con el paso del tiempo ha conservado como bandera para oponerse a todo lo que no le gusta.

A veces me preocupa cómo se está desarrollando y tengo la sensación de que va muy deprisa, como si se me fuera a escapar de las manos y caerse contra el suelo. Tengo tanto miedo a que se haga daño porque lo veo muy frágil por dentro y por fuera. Me dicen que cada niño se desarrolla de una manera diferente y puede que sea así por su personalidad y su físico, pero pienso que hay algunas cosas que son normales y otras que no y al llegar a este punto me angustio bastante. No se parece en nada a sus hermanos, ni tampoco a sus primos. Siempre tienes la sensación de que va por delante de ti, que entiende todo lo que sucede a su alrededor, que te tiene tomada la medida para hacer lo que le viene en gana y que está demasiado concentrado hacia dentro. Cuando tenía cuatro meses lo llevamos al pediatra porque a veces no atendía cuando le llamábamos, o no se alegraba y reía como los demás bebés. Pensamos que era sordo (o algo peor) y nos llevamos un susto de muerte, pero nos dijeron que todo estaba bien y que incluso sus potenciales auditivos se encontraban por encima de la media. También consultamos por qué no dormía una noche entera, por qué se despertaba tan temprano y no paraba quieto, pero nos dijeron que, aunque no tuviera gases, algunos niños son más inquietos y pasan por fases de desarrollo más movidas. Bueno, pues esta fase de desarrollo parece que no va a terminar nunca y nos trae locos a todos. Me parece que es demasiado pequeño para estar el día entero en acción, como si le faltara tiempo para hacer todo lo que se le ocurre, y hace cosas que me parecen muy raras, como tirar una tras otra las migas que hay sobre una mesa observando como caen o jugar a cerrar y abrir los ojos cuando enciende y apaga las luces.

Solo parece calmarle la música muy bajita, detesta cualquier cambio que no se encuentre dentro de lo que conoce y está previsto. Tampoco lleva bien que les prestemos atención a sus hermanos, y eso que no es frecuente que sea el bebé el que tenga celos de sus hermanos mayores. A veces tengo la sensa-

ción de que quiere ser siempre el protagonista y que nunca es suficiente lo que se le da. Es muy intenso en todo lo que hace y le da una importancia exagerada a las cosas que no la tienen, como si fueran lo único que pudiera existir en su mundo. Es capaz de acordarse de cosas increíbles, como el camino para ir al parque, la marca de cereales de la papilla por el sabor que tiene, o las personas que ha conocido, aunque solo sea una vez. Y como alguna le haya entrado con mal pie, ya no se puede hacer nada para arreglarlo. No le gusta que le tratemos como un bebé y se mosquea si le escondemos el chupete debajo de un pañuelo para que lo encuentre, si no le damos la leche templadita en el punto exacto que a él le gusta o si tardamos un minuto en recogerle las cosas cuando las tira. Ahora ha empezado a arrastrarse, pero como es muy pequeño, a veces se hace un lío con sus piernecitas o no tiene la suficiente fuerza en los brazos y no puede moverse. Entonces se pone rojo de furia como un tomate y hay que tenerle en brazos un buen rato para que se le pase. Tarda una eternidad en comer y parece que siempre tuviera hambre. Es como si fuera un saco vacío donde cabe cualquier cosa. Pero también vomita con frecuencia cuando se pone nervioso y eso nos preocupa porque tiene que aprender a controlar su genio. Ahora empieza a agarrar el biberón y ya quiere comer solo y a su manera, es decir, la papilla sin cuchara y con las manos, y eso no puede ser. Protesta mucho cuando tiene el pañal sucio, pero a veces lo mancha adrede en cuanto se lo cambiamos. Aunque suena raro decir que lo hace aposta, a veces tengo la sensación de que se comporta así para ver qué hacemos nosotros después. Mi madre me dice que eso son imaginaciones mías y que es demasiado pequeño para darse cuenta de esas cosas, pero yo no sé qué pensar.

Parece raro, pero cuando más tranquilo lo veo es cuando lo siento en la trona enfrente de mí, le cuento lo que estoy haciendo en la cocina y le hablo sobre los alimentos, sobre los electrodomésticos, sobre cómo me encuentro o qué vamos a

hacer después. Parece que me escucha como si fuera una persona mayor y me mira con una intensidad que me traspasa. También cuando le das un cartón o un papel y le dejas hacer se siente más relajado. Es como si lo estudiara, y puede estar mucho tiempo doblando, arrugando, chupeteando, arrastrando, frotando. Eso no pasaba con los otros bebés, por mucho que me digan lo contrario y que piensen que yo ya no me acuerdo de esas cosas.

Manolo (*padre*)

Mi mujer dice que Miguel es un niño distinto, pero eso es porque ahora está más pendiente de él al estar de baja y ve una intención exagerada en todo lo que el crío hace. Mi hijo es como todos los demás, lo que pasa es que ha salido muy listo, vamos, como todos los de esta familia, pero a este se le nota más porque, como es el último, todos le prestamos más atención. Cuando era más pequeño parecía que podía tener un trastorno en el desarrollo, porque no se daba por enterado cuando le llamábamos por su nombre y estuvimos muy preocupados un tiempo observando al dedillo todo lo que hacía. Así que se volvió un poco caprichoso. Pero el pediatra nos ha dicho que no le pasa nada y que es completamente normal. Yo le digo a mi mujer que está sano, que aunque siempre ande delicadillo y con mocos está fuerte como un roble, que si se entera de las cosas y hace básicamente lo que se espera de un bebé, es que está bien y no hay que darle tantas vueltas a las cosas.

Hay críos que tienen un carácter más fuerte y este ha nacido como los gallos con espolones. Lo que haremos será educarle para que aprenda a respetar a las personas mayores, a comportarse como debe ser, a querer a sus hermanos y jugar con ellos, y a portarse bien con sus padres, abuelos y demás familia, y ya está. Me parece muy gracioso cuando se enfurru-

ña como si fuera un viejo y me gusta tomarle el pelo, aunque cuando mejor nos lo pasamos juntos es cuando por la noche le explico cómo me ha ido el día en la fábrica. Mi mujer dice que le cuente cuentos pero yo no sé hacer eso (y leer no va conmigo), así que le hablo sobre mi día y el chaval parece inteligente porque me mira como si me entendiera y a mí me hace sentir fenomenal. Cuando crezca un poco lo tengo que llevar al fútbol como a su hermano para que se desfogue y así, como dice mi jefe, fortaleceremos el vínculo padre-hijo, con un balón de por medio, que es como se ha hecho siempre. Estoy seguro que le va a gustar y que se le quitarán poco a poco esas manías que tiene. Ah, y ya tiene el carné de mi equipo y ha salido tan serio en la foto que parece una persona mayor.

Rosa (*abuela*)

Las abuelas siempre tenemos un sexto sentido. Cuando nació el mayor de mi hija Alicia me daba a mí que iba a ser poco guerrero y así fue, fuerte pero nada peleón, noblote y también un poco parado como si no tuviera prisa para hacerse mayor. La niña fue un respiro porque no protestaba por nada, vamos, que se ha criado sola sin hacer ruido como si no estuviera, y había tardes cuando yo la cuidaba que parecía que no había niña. Pero este Miguelón cayó como una bomba atómica y mira que se hace querer, pero tiene un carácter de mil demonios. Los benjamines suelen nacer complicadillos y le dije a mi hija que se preparara, porque en cuanto lo vi con esos ojazos encendidos a toda potencia como una central eléctrica supe que este niño iba a dar bastante guerra, ¡y vaya si acerté! Digan lo que digan yo no lo veo un muchacho normal y corriente, pero me callo para no liar las cosas porque mi yerno no quiere oír hablar del tema. Para él la cosa se acabó cuando el pediatra dijo que no le pasaba nada, que Miguel

era completamente normal, y que, aunque andaba un poco adelantado respecto de su edad, con el tiempo acabaría siendo como los demás.

A veces me da miedo porque me recuerda a mi primo Rogelio el del pueblo, al que le dio por leer en vez de ocuparse del campo: no quiso meterse a cura que es lo que solía hacerse en esos casos y acabó loco de remate. Vamos, que hablaba solo y echaba unos parlamentos que nadie entendía. En aquellos tiempos no se sabía qué hacer en estos casos y todos lo pasamos muy mal. Andaba siempre distraído recogiendo plantas y cosas que se encontraba por el suelo y con las que luego fabricaba herramientas. Siempre solo y sin moza que se le arrimara y que lo curara de sus extrañas aficiones. Aún era joven cuando lo atropelló la camioneta de la tienda de ultramarinos y a veces pienso que fue una suerte que se muriera así porque dejó de sufrir y de hacer sufrir a los demás.

En cuanto crezca un poco más, a Miguel hay que sacarlo mucho al parque para que se oxigene, que eso es muy bueno para el cuerpo y para el alma. Y que juegue con otros niños para que aprenda a comportarse como lo que es, un bebé sano y bueno, que no esté todo el tiempo dándole vueltas a las cosas, porque darle tantas vueltas a las cosas luego trae lo que trae. Y es que ya sé que es una locura, pero me parece que este niño piensa demasiado y eso no es bueno y menos de tan joven, porque si no vive la edad que tiene luego pasa lo que pasa. Los otros dos fueron a la guardería desde los cinco meses pero este piensa su madre que no hace falta que vaya tan pronto porque está muy espabilado y es demasiado sensible. Yo creo que cuanto más pronto es mejor para el niño, porque así es uno más entre los demás, tiene unos horarios y no se mete en berenjenales de aprender lo que no debe. Pero donde hay patrón no manda marinero, y como mi yerno no quiere problemas, si su mujer así se encuentra más tranquila y el niño no da guerra, mejor que mejor.

No quiero decirlo porque no está bien, pero es mi nieto preferido. Tiene como un sexto sentido para detectar cuando te encuentras mal y para mí que lo entiende todo. Cuando murió mi hermana y me lo dijeron por teléfono, lo estaba cuidando mientras sus hermanos estaban en el colegio. Claro, me puse a llorar y él con solo cinco mesecitos me miró de una manera que no puedo olvidar, se quitó el chupete y me lo quiso dar. Espero que encuentre su sitio y que sea un niño como los demás y para eso y para que no sufra rezo todas las noches, pero me da en el corazón que este niño es una caja de sorpresas y no va a resultar nada fácil educarle.

Eusebio (*abuelo*)

Las mujeres siempre andan sacándole punta al lápiz y de tanto sacarla, claro, se rompe y vuelta a empezar. Mi nieto Miguel es un terremoto, pero es un chico como los demás, no hay que empeñarse en ver donde no hay y es que no hay. Puede que sea un poco más listo, pero cuanto más pendiente se está se ven cosas que no son. Hay que darle tiempo al tiempo. Que sea uno más entre sus hermanos y que se le den las mismas cosas que a ellos, ni más ni menos. No hacerle tanto caso, que luego los críos se tuercen y no hay quien los enderece y dejarle más tiempo en la cuna que es donde tiene que estar un bebé de seis meses. Vamos, que se te cae la baba cuando le tienes en brazos y le dices: «¿Dónde están los ojos?», y te los señala, «¿y la boca?», y también la señala, «¿y las piernas?», y mira para abajo. Pero no puedes estar todo el tiempo a vueltas con el crío porque no es bueno para él y llega un momento que ya no sabe qué hacer para llamar la atención.

Yo le digo a mi hija que le hable menos, que se le va a volver la cabeza del revés y tiene otros hijos de los que ocuparse, un marido, y un trabajo al que tiene que volver lo antes posible,

porque aunque me diga no sé qué de la baja que se ha pedido, las cosas no están para tirar cohetes. Claro que tengo ganas de llevarle al colegio y comprarle caramelos a escondidas de sus padres como hago con mis otros nietos, pero cada cosa a su tiempo. Un bebé está todavía a medio hacer y lo primero es educarle con mano firme, con mucho cariño, eso sí, pero con firmeza, porque si no, luego no obedecen y es peor para ellos.

Carmen (tía)

Mi sobrino Miguel es raro, pero raro de verdad, aunque a ver quién levanta la liebre. Es un crío, pero tiene unas manías que... en fin, y lo tienen de un consentido que no puede ser. Sobre todo su madre, que parece que con este se ha quedado entontecida y no tiene ojos más que para él. Ya le he dicho que Fernando y Elena se dan cuenta y que eso no puede ser, que luego vienen los celos entre hermanos. Parece mentira, con lo pequeño que es, las manías que tiene. Cuando nació fui a verle al hospital, llevaba un colgante de cristal y sin querer le di con él. No fue casi nada y entonces lloró (como es lógico) pero lo que no es ni medio normal es que siempre que los visito no pueda llevar nada al cuello porque chilla y se pone como un energúmeno en cuanto lo ve. Además siempre parece un viejo, un viejo triste y metido dentro de sí mismo, vamos, que no tiene la alegría ni la frescura que tienen los bebés. A mi marido tampoco puede verle, porque como tiene bigote y le raspa, no deja que se le acerque y menos aún que le bese, y eso que le compró un oso de peluche enorme el día del bautizo, pero en fin.

El niño no para quieto y eso pone nervioso a cualquiera. Le he dicho a mi hermana que se informe, porque donde yo trabajo tengo una compañera que tiene un hijo hiperactivo y eso es algo horroroso porque no para ni un segundo, tiene fra-

caso escolar con siete años y encima rompe todo lo que está a su alrededor. También le he dicho que por qué no contrata una cuidadora que lo meta en vereda y así se ocupa más de sí misma, que la veo muy descuidada, y de paso le pone al niño las pilas para que cuando vaya al colegio ya esté educado de casa y no dé problemas. Además, si es extranjera podría ayudar a que sus hermanos aprendieran otro idioma con mayor facilidad, porque si no se hablan los idiomas a la perfección desde pequeño luego todo son problemas y con el cole por muy bueno que sea no es suficiente.

Paco (*tío*)

Mi sobrino no es de mala pasta, lo que pasa es que no tiene sentido del humor. Aunque los bebés todavía no tienen muchas cosas y a lo mejor tampoco vienen equipados con esta. Cuando le di el oso le dije al oído: «ten cuidado, que muerde», y desde entonces parece que el que muerde es él. Qué cosas, me imagino que cuando crezca se le pasarán esas tonterías y podrá jugar con nuestra pequeña Paola. Paola tiene nueve meses y es una niña muy dulce. Puede estar quietecita durante horas y duerme como un lirón. Ahora está aprendiendo a jugar, aunque no se le ocurren muchas cosas y hay que repetirle lo que quieres que haga una y otra vez para que lo aprenda. Si es que lo aprende, porque esto no siempre sucede así. La verdad es que son más fáciles de llevar Fernando y Elena, pero Miguel tiene que aprender a ser como los demás y aprenderá, porque la vida nos va poniendo a cada uno en nuestro sitio y eso es así. Los niños más rebeldes en el fondo son críos como los demás y es fácil encontrar la manera de manejarlos y conseguir que hagan lo que tú quieres, porque para eso son niños y las personas mayores tenemos más recursos, experiencia, mano izquierda y derecha. No hay que preocuparse tanto de que si sienten o de-

jan de sentir, lo importante es que crezcan bien, que los puedas sacar de casa sin que den problemas, como decían las abuelas de antes, y que se comporten como se tienen que comportar.

Álvaro (*primo*)

Esto no se puede decir porque no está bien, pero cuando no andan los mayores por el medio con sus orejas de punta que todo lo oyen, a mi primo Miguel le llamamos el *gremlin*, porque es como uno de esos bichos que se asustan con las cosas más insospechadas, como los *gremlins* con el agua, y además es casi tan feo como ellos. No todos los bebés son guapos, pero este está siempre enfadado y arrugado, y es como el enano saltarín de los cuentos. Siempre quiere coger nuestros juguetes y se enfada mucho si no se los dan. A veces también se nos queda mirando y observa en silencio lo que hacemos, entonces da un poco de miedo. Paola es su prima preferida, a lo mejor porque es la más pequeña y se parece más a él. Cuando se la ponen cerca le gusta acariciarla e incluso intentó una vez darle de comer aunque no lo consiguió, lo puso todo perdido y mi madre, que es tan exigente con la limpieza, se puso hecha una furia. Esperamos que cuando sea mayor se convierta en alguien parecido a Fernando aunque en feo, y así pueda distraer a la pequeña y cuidarla cuando no pueden hacerlo las personas mayores, porque está claro que Miguel sabe hacer más cosas que Paola y además se entera más rápido de lo que pasa a su alrededor.

ENLACES

¿Cómo saber que un bebé de seis meses es sobredotado?

Resulta frecuente que estos niños nazcan prematuros, con los ojos bien abiertos y prestando atención a todo lo que pasa a su alrededor. También en este momento suelen llorar a pleno pulmón mostrando que no les gusta nada venir a un mundo de luces chillonas y sonidos estridentes. El *shock* del nacimiento les deja una huella marcada, que influye en su carácter peleón y guerrero, y también en la sensibilidad con la que este recuerdo recurrente les hace construir vivencias.

Hace años, en las clases de estimulación cognitiva que se imparten en una de mis empresas, tuvimos un bebé sobredotado de esta edad. Había nacido en un parto complicado y por cesárea un viernes. Curiosamente todos los viernes lloraba más, estaba más nervioso y no soportaba que nadie le tocara salvo su madre. Nuestra psicóloga recomendó que la familia comentara en su presencia que ya no existían los viernes, que colgaran en su habitación un gran calendario con los viernes tachados en rojo y que al despertarle los viernes le hablaran de lo bien que lo iban a pasar ese sábado porque desde entonces los sábados tendrían dos días. Un mes después, la familia nos comentó que había desaparecido gradualmente esa impronta de sufrimiento (o que al menos no la manifestaba), y que se encontraba más feliz aunque fuera viernes o cualquier otro día de la semana.

Esta experiencia, como otras muchas, nos permite descubrir que estos bebés reaccionan con gran rapidez ante cualquier estímulo, a veces de forma sobredimensionada y potenciada por la capacidad no solo de recordar, sino también de acumular información que les ha proporcionado sufrimiento. Por este motivo suelen ser más llorones, protestones e inconformistas con todo aquello con lo que no se encuentran de acuer-

do. Y aunque hay que atender a estas diferencias, es necesario evitar que se conviertan en caprichosos y maniáticos, porque esta tendencia puede hacernos entrar en dinámicas no deseadas. Así que si los padres decidimos tirar el chupete porque está hecho un asco y remplazarlo por otro, no podemos dejar opinar al bebé al respecto ya que, en caso contrario, estableceremos una pauta sobre decisiones futuras que no le competen. En cuanto a la vivencia que han tenido, el pasado les ha dejado una huella profunda, el presente es aquí y ahora y el futuro está tan lejos que lo ven imposible. Este es uno de los motivos por los que tienen muy claro lo que quieren y cómo lo quieren. Sin embargo, no tienen claro lo que sienten ni cómo expresarlo y les parece siempre que el tiempo se agota y hay que vivir a tope. Además, presentan una gran memoria y una excelente capacidad para recordar especialmente las malas experiencias. De las buenas también guardan recuerdo, pero no les dan tanta importancia, ni les otorgan el papel que les corresponde.

Los bebés como Miguel tienen un oído muy fino, vamos, que se enteran de todo, así que debemos tomar este dato en consideración a la hora de hablar delante y cerca de ellos, especialmente cuando nos referimos a cosas que pueden excitar su imaginación. Por lo tanto, tampoco es muy conveniente que nos oiga decir que tal amigo es un monstruo o que su prima nada como un delfín. También hay que tener cuidado con exponerles a estímulos estresantes como ruidos estridentes o gritos, porque les producen una molestia exagerada e incluso cefaleas. En cuanto al sentido de la vista, si bien no lo tienen tan agudizado, no es menos cierto que miran con gran intensidad y te traspasan cuando ocupas su atención. Por ello, son capaces de establecer con gran rapidez patrones de reconocimiento: familiares, personas agradables o desagradables, etc. Les gustan los colores rotundos e intensos como el rojo, el blanco y el negro y también les llaman la atención los colores que son especialmente brillantes.

Una forma de interactuar con las personas que les resultan simpáticas es recorrer con sus manos las caras, babearlas, tirarles del pelo, arrancarles adornos... y todo a gran velocidad. Incluso a veces les gusta poner a prueba a sus allegados, o averiguar hasta dónde pueden llegar, por ejemplo, vomitándoles encima. Desde tan pequeñitos son capaces de jugar y esta necesidad en muchos de ellos nace de forma espontánea como forma de conocer el mundo que les rodea. Por este motivo siguen secuencias o patrones de juegos con gran facilidad, aunque prefieren divertirse solos y solo interactúan con las personas que les han mostrado y demostrado su afecto de manera reiterada y cuando no tienen en la cabeza otra idea que para ellos resulte más importante. También detestan jugar con juguetes o elementos que tienen una respuesta predeterminada o que no dejan margen a la imaginación. No solo aprenden escuchando, viendo, siguiendo los pasos de otros, o imitando en cierta medida lo que hacen, sino que también sacan sus propias conclusiones de las cosas y cuando no aciertan con lo que se proponen la frustración les causa un enfado explosivo. Aprenden mediante la experiencia y les gusta agarrar todo lo que se encuentra a su alrededor, con el propósito no solo de llevárselo a la boca sino también de tirarlo, explorarlo, ver qué tiene por dentro, estrujarlo y experimentar para pensar qué pueden hacer después con ello.

En cuanto a su carácter, puede parecer a quienes no les conozcan que son unos niños tristes o unos «ancianos», pero el hecho de que en muchas ocasiones se encuentren metidos en su mundo no implica que no sonrían con frescura cuando se asombran, cuando reciben muestras de cariño o cuando superan alguno de los límites que les pone su corta edad. Son niños que no toleran con facilidad los cambios ni aceptan los imprevistos, porque suelen ser asustadizos e inseguros y no les gusta sentir que no pueden controlar lo que va a suceder después, que van a perder tiempo en cosas que no les resultan

interesantes o que sufrirán ante situaciones desagradables. A nivel emocional son hipersensibles y este hecho podría repercutir de manera acusada en su salud, por ejemplo, pueden comenzar a desarrollar enfermedades psicosomáticas. Su punto débil es el estómago y vomitan con facilidad por nervios, por rabietas o porque no se les deja hacer lo que quieren en un momento determinado. También son hipocondriacos: magnifican cualquier pequeño dolor que tengan y la simple posibilidad de que pueda producirse, aunque sea remota, les hace sentirlo como si fuera de verdad. Algunos de estos niños sobredotados muestran *hiperestesia* y pueden llegar a ver colores que no existen en la realidad o percibir sonidos y asociarlos a personas, cosas o situaciones. Este estado de percepción alterada no es patológico de por sí y constituye uno de los pilares de la creatividad que luego manifestarán y del talento artístico que en etapas posteriores aparecerá. Además son curiosos y no suelen quedarse quietos salvo cuando están observando y analizando algo que realmente les interesa. Este es el rasgo fundamental que les diferencia de las personas hiperactivas, pues mientras que estas no controlan la cantidad de actividad que realizan, las personas de altas capacidades sí lo hacen y la adecuan a sus necesidades.

Igualmente, son empáticos de manera selectiva y solo con las personas que ven con menores cualidades que ellos y que les aceptan o cuando menos no se enfrentan a ellos y les necesitan. Tienen una tendencia natural a preocuparse por las personas más débiles y a ocuparse de ellas, también con respecto a aquellas que se hallan en situaciones difíciles. En su relación con las demás personas se dan cuenta enseguida de lo que las pone tristes, alegres o las asusta y empiezan a saber cómo provocar estos sentimientos y cómo actuar cuando alguno de sus familiares o conocidos se siente de esta manera. Aunque resulta difícil de creer, pueden seguir diálogos complejos con una atención sostenida y deducir las consecuencias probables de

unos hechos tomando como patrón otros de índole parecida. Desde los cinco meses de vida desarrollan una comprensión lingüística muy por encima de la media. Este hecho conlleva que se lancen a balbucear de forma incesante hasta repetir palabras o que elijan no intentarlo. Por este motivo, hay niños de altas capacidades que no abren la boca para hablar hasta los cuatro años o incluso edades superiores, y no porque no puedan o no sepan hacerlo, sino porque simplemente no quieren.

Uno de los rasgos de su personalidad con el que tendrán que lidiar toda la vida es que no controlan sus emociones. Si se ponen a llorar no paran enseguida, resulta difícil contenerlos o calmarlos, y si están tristes se pueden sentir desbordados e intentar dar golpes sin orden ni concierto. Otro rasgo que los identifica es que son muy testarudos y perseverantes. De esta manera, si encuentran la lógica en alguna cosa que se les proponga suele resultar fácil convencerles. En caso contrario es casi imposible. Les gusta mucho ser protagonistas y les disgusta especialmente que otros intenten acaparar la atención de los demás cuando ellos entran en acción. Así que hay que enseñarles cuándo ellos son el centro del universo y cuándo lo son otros. Estos niños se frustran con facilidad cuando su cuerpo no acompaña a su mente y cuando no son capaces de realizar algunas de las cosas que se les ocurren. Desde bebés les molesta equivocarse, estar confusos o no saber qué camino tomar. Tienen una tendencia desarrollada hacia la autenticidad y por este motivo no soportan la hipocresía, las mentiras piadosas, los juegos de intenciones, que se burlen de ellos o que no los tomen en serio. En su relación con otras personas les agrada que les traten como si fueran niños mayores, que se les deje tomar pequeñas decisiones y que se respeten sus tiempos, aunque a veces agotan la paciencia de cualquiera. Por lo general, son niños muy mimosos, zalameros y manipuladores. Es frecuente que tengan un peluche preferido y lo lleven a todas partes y también que rechacen otros por razones que desconocemos.

En cuanto a su rutina diaria, cuesta mucho acostarles a su hora y es casi imposible que permanezcan quietos y descansando durante todo el tiempo que lo hacen los demás bebés de su edad. Aunque no siempre lo noten, es frecuente que comiencen a tener pesadillas. También les gusta más estar en su casa que salir fuera de ella, porque necesitan sentirse seguros y a salvo, y porque es frecuente que sean tímidos o demasiado selectivos con las personas que conocen. Una de las cosas que más les incomoda es estar sucios y en cuanto se dan cuenta de que se han hecho sus necesidades encima protestan porque se sienten realmente a disgusto. También es frecuente que comiencen a sentir su cuerpo y a decidir cuándo se hacen pis. Asimismo, se muestran bastante escrupulosos, incluso algo sibaritas, y pueden desarrollar manías alimenticias o con las prendas de vestir. No les gusta compartir, ni que toquen sus cosas, ni que no se las den inmediatamente cuando creen que las necesitan. Respecto a su entorno, les gusta averiguar de qué están hechas las cosas, su composición, los procesos mediante los que cambian de estado o agruparlas y ponerlas en conjunto para hacer otras estructuras más grandes.

Desde los cuatro meses de vida empiezan a mostrar un agudo sentido de la orientación. Saben dónde se encuentran objetos o lugares con una sola vez que los hayan visto o los hayan llevado allí, y comienzan a desarrollar distintas estrategias para llegar a ellos. Estos bebés no cuentan con buena psicomotricidad y les cuesta coordinar y controlar el movimiento de brazos y piernas y dirigir sus fuerzas hacia objetivos. Este hecho (unido a una actividad incesante cuando persiguen un objetivo) puede provocar algún accidente.

¿Cómo me vinculo de manera saludable y feliz con un bebé sobredotado de seis meses?

En primer lugar, los padres deben aceptar que su bebé es distinto a los bebés no sobredotados, que tiene una diferencia positiva y buena que le confiere una identidad maravillosa. Pero es muy posible que no puedan enfrentarse a esta situación solos. En ese caso, lo mejor es pedir ayuda a un especialista porque existe una dificultad, pero sin olvidar que esa dificultad no es el niño. Sin embargo, es preciso solucionarlo lo antes posible porque el bebé necesita a sus padres. Nadie tiene un hijo, un nieto, un sobrino o un familiar a imagen y semejanza de sus deseos. No pretenda cambiarlo, ningunear su forma de ser o transformarlo en un niño normal, porque no lo va a conseguir.

Involucre a toda la familia en líneas de actuación conjuntas y, si algún miembro no quiere intervenir en esta forma de actuar, que al menos no interfiera, por el bien del niño. Resultará una experiencia enriquecedora para todos y dará mayor seguridad emocional al bebé. Hable de su condición de sobredotado con naturalidad y pida que los demás lo hagan también. De esta manera, los familiares se habituarán a convivir con este término, con su significado y con los pros y contras de esta condición. Esto contribuirá a la hora de educarle a que descubran que no pueden pasar por alto su identidad diferenciada. Procure tener siempre presente que su pensamiento se encuentra por encima del que tienen otros niños de su edad, pudiendo tener un desarrollo entre dos y cinco meses superior, pero que sus emociones son las de un bebé de seis meses y esta asincronía no solo le va a durar toda la vida, sino que se va a incrementar. Así que hay que educarle sin concesiones a su carácter dominante, e intentando que aprenda que su cabeza va muy por delante de su corazón pero que este también tiene un lugar primordial y en ocasiones único.

Procure que viva en un ambiente estable, con figuras familiares sólidas, donde pueda sentirse seguro y no se vea en

constante situación de peligro o cambio. Con esta edad no es momento para exponerlo a situaciones estresantes ni tampoco a personas que no conocen cómo son este tipo de niños. Olores frescos en el hogar, masajes antes de dormir, contarle lo que va a suceder en cada momento para que sepa lo que puede esperar. Todo esto le ayudará a controlar mejor sus emociones. También que elogie lo bien que lo hace cuando deja de llorar sin que lo calmen, que aplauda cuando se tome los cereales que no están tan buenos o que no proteste cuando le ponen los calcetines y no puede chuparse el dedo. Igualmente, explíquele lo que usted siente y qué cree que se puede hacer cuando algo no sale como queremos o nos gusta. Así le tomará como referencia de sus inquietudes y comprenderá que sentir no es malo aunque a veces nos haga sufrir. Ayúdele a controlar su impaciencia y a esperar. Cada miembro de la familia tiene sus tiempos y sus turnos y él es uno más, de modo que debe aprender a convivir con los otros y a aceptar que a veces no consigue lo que quiere porque es preciso atender otras necesidades de mayor importancia. Desde esta edad enséñele cómo saludar, qué puede y que no puede hacer cuando conoce a otras personas, a ser agradecido, a prestar ayuda y también cuál es la manera correcta de mostrar desagrado.

Léale y cuénteles cuentos, historias, anécdotas, vivencias de la propia familia y también las de su pueblo o ciudad. Lo entenderá todo aunque no pueda hablar, se sentirá importante y desarrollará su curiosidad. Además le ayudará a comprender cómo otras personas reales o imaginarias sienten, piensan, actúan y resuelven conflictos. Deje también que se aburra y que aprenda a utilizar su cabeza para usar las ideas que se le ocurren. Aunque no lo crea, con un simple papel de embalar es capaz de estar entretenido mucho tiempo, también de imaginar cosas increíbles y de relajarse estando en su mundo. No pretenda que repita acciones que previamente ha realizado, pues a estos niños no les suele gustar, y si lo hacen seguro que in-

roducen iniciativas propias que habrá que valorar. Exíjale que haga cosas, pero deje un margen de maniobra para que no se sienta agobiado ni presionado. Procure no mentirle, y menos con asuntos relacionados con la soledad, el dolor o la ausencia, porque no se lo perdonará con facilidad y puede que no haya segundas oportunidades. Estos niños son muy independientes en el plano cognitivo y muy poco en el plano emocional. No le diga que volverá pronto si va a estar toda la tarde fuera, ni que la tripa no duele, porque él sabe que no es cierto. Enséñele a hacer cosas que no son agradables buscando su lado más divertido, por ejemplo, a hacer limonadas con los limones que nos da la naturaleza, o a estar alegre aunque no haya motivos. Cantar es una faceta que ayuda a desarrollar el sentido positivo de la vida y una buena práctica para relajar tensiones. Es un buen momento para desarrollar el sentido del ritmo, que le ayudará a controlar mejor su psicomotricidad y a disfrutar con el silencio y con la música. Una experiencia fascinante es bailar con un bebé sobredotado en los brazos.

Repita con frecuencia delante de él que le quiere tal como es y que no se pretende convertirlo en otra persona, ni que sea como sus hermanos, primos o nietos. También que cualquier persona es más importante que lo que pueda hacer o mostrar. Es igualmente una buena ocasión para enseñarle a aprender a perdonar, a pedir perdón y a perdonarse a sí mismo y también para mostrarle cómo resolver las situaciones que conllevan conductas que exigen revisar lo que hemos hecho. Pídale ayuda aunque es obvio que no siempre pueda dársela, pues le hará sentirse importante y le ayudará a vivir con una capacidad por encima de la media. Enséñele cómo pensar constructivamente y también cómo parar de pensar. Que no se puede hacer todo lo que se le ocurre a uno en el momento que se le pasa por la cabeza y, sobre todo, que el corazón tiene razones que la cabeza no comprende.